

¿Vamos con ellos? — Sí; dejad el puerto:
aquel que ame la gloria, que me siga.
Que es largo el viaje? Un poco largo, es cierto;
¡pero sopla la brisa tan amiga!...
¡Ved cuál corren con ellos de concierto,
sin vaivén, sin esfuerzo, sin fatiga,
el sol que luce, el mar que se despliega,
el viento que anda, el buque que navega!

Vamos, pues. ¡Son valientes compañeros!
Junto á *Rodrigo Sánchez*, que está enfrente,
los tres prácticos lucen más certeros,
el buen *Niño*, *Roldán*, *Ruiz* el valiente.
Van soldados, grumetes, marineros;
Pedro Gutiérrez... ¡toda brava gente!
Son ciento y veinte entre almirante y tropa.
¡Ay! ¿cuántos de ellos volverán á Europa?...

Van los *Pinzones*, gente veterana.
Que uno la *Niña*, otro la *Pinta* guía;
Rodrigo de Escobedo, *Alonso*, *Arana*.
¿No os lo dije? ¡Excelente compañía!
Va allí también *Rodrigo de Triana*,
cuya historia de amor sabréis un día.
¿Cuándo no fué, para nuestra alma, amena
una historia de amor, aun siendo ajena?

Con un *Jiménez* de fatal agüero
los *Porrás* ved, que casi los maldigo;
el día diez de octubre venidero
conocerá el lector por qué lo digo.
— Continuamos del sol el derrotero
con una dicha sin igual... — Prosigo.
— ¿Sabéis ese quién es? — No. — Yo tampoco.
Ese es el sabio; esto es, ese es el loco.

Dulce es su faz, ¿no es cierto? aunque es
Majestuosa actitud; ropa sencilla. (severa.)
Tez blanca. Entre su rubia cabellera
ya la corona de los años brilla.
La vista clara viva y altanera;
largo el rostro, saliente la mejilla.
Convence ó encanta cuando mueve el labio.
Tal es el loco, ó, si queréis, el sabio.

¡Santo Dios! ¡Ya en el aire se evapora
la amada España, de recuerdos llena!
La patria, siempre ingrata, ¡cómo ahora
parece, cual ninguna, hermosa y buena!
¡Ya no se ve! — ¿Y hay quien por eso llora?
¡Voto al llanto sin fe! No os cause pena
el que uno ú otro con dolor profundo
diga en su corazón: «¡Ay, adiós, mundo!»

¡Muy justo adiós! Un mar tan solitario
en cuantos pechos hay hiela el denuedo;
¡parece que en su fondo, tumultuario,
retumba el huracán, quedo... muy quedo!
Casi tenéis razón; es necesario
ser muy audaz para mirar sin miedo
el sepulcro á los pies, encima ambiente,
pena en el corazón y nada enfrente!

¿Qué hace en tanto Colón? Un libro abriendo
— ¡EN EL NOMBRE DE DIOS!... traza su mano.
¡Buen principio! A ese nombre, ya comprendo
que doblegue su furia el Oceano.
Y yo, que el curso proseguir pretendo
de un varón tan valiente y tan cristiano,
cantando audaz mi musa su grandeza,
DE DIOS EN NOMBRE, cual Colón, empieza.

¡EN EL NOMBRE DE DIOS! canto la gloria
de un nauta osado, inteligente y pío,
que de los sabios nubla la memoria,
que de los héroes oscurece el brío.
¡Nauta feliz que eclipsará en la historia
todo el valor, la ciencia y poderío
que en seis mil años, con jactancia vana,
fastuosa acumuló la especie humana!

¡EN EL NOMBRE DE DIOS! canto al que osado
aventó con su soplo omnipotente
el palacio de sombras encantado
donde dormía el sol en Occidente.
¡Canto al que el ansia hidrópica ha saciado
del codicioso y viejo continente,
dando á su afán en perennal tesoro
sobre islas de coral montañas de oro!

CANTO II

ZAIDA Y MARCHENA

RESUMEN

Llegada de Zaida á la flota. — Historia de Zaida. — Nuño. — Primer amor de Zaida. — Muerte de D. Mendo. — Zaida sigue hasta Palos á Rodrigo de Triana. — Carta del P. Marchena á Cristóbal Colón.

Y sucedió que, al declinar el día,
navegando un esquife á remo y vela,
á la flota siguiendo con porfía,
abordó la postrera carabela.
Llegó el esquife al buque. — ¿Qué quería?
Nadie lo sabe. Luego con cautela,
dos pasajeros por babor dejando,
volvió otra vez al puerto orzando... orzando...

¿Quiénes eran los tardos pasajeros?
En la flota su nombre se ignoraba.
Mostraban ser apuestos caballeros,
si bien faz más gentil uno ostentaba.
Que fuesen, entré varios marineros,
dos espías del Rey se susurraba.
— ¿Quiénes eran por fin? — Al Almirante
le habla así aparte el de gentil semblante:

Yo soy *Zaida*. Ese es *Nuño*. Mi apellido,
con el origen de mi sér, se ignora.
En mi niñez no sé qué historia he oído
de un gran señor y una princesa mora.
De madre la de Nuño me ha servido;
mas el secreto que mi pecho llora,
con celo lo guardó tan indiscreto,
que murió la infeliz con el secreto.

»Quedé huérfana y rica. Tiernamente
á su hijo Nuño encarga me dé ayuda
mi nodriza al morir. ¡Cumple fielmente!
No siento pena que á templar no acuda.
Por esto que una vez, estando ausente,
me escribió Nuño, inferiréis, sin duda,
con qué respeto ven, con qué cariño,
sus ojos por mis ojos desde niño.

— *Sin ser amor mi amor, te miro inquieto:
te hablo de mi respeto, y te enamoro:
causa de admiración, de amor objeto,
tu pasión quiero y tu virtud adoro.
Siendo igual mi cariño á mi respeto,
si es amor ó amistad mi afecto, ignoro:
amante real, amigo en la apariencia,
es el culto amistad y amor la esencia.* —

»Niña, á un Don Mendo, á quien amar creía
fría mi lengua le juró constancia:
mi pobre corazón nada sabía,
dormido aún en brazos de la infancia.
Fué Don Mendo á la guerra en que servía.
Quedé yo expuesta al tiempo y la distancia.
Yo, sin amor; él, según fama, amando,
marchó Don Mendo y me quedé esperando.

»Crecí. Lo que sentí en mi edad temprana
mis ojos os dirán, que nunca mienten;
¡se ama tanto en la tierra sevillana,
que allí, señor, hasta las piedras sienten!
Me amó y amé á Rodrigo de Triana
tanto... que no hallo voces que lo cuenten.
Pero ¿y Don Mendo, me diréis, qué hacía?
Don Mendo se marchó, mas no volvía.

»Pero, aunque mucho amé, siempre conmigo
llevaba de mi fe la confianza,
pues nunca el nuevo amor, creed lo que os digo,
en mi antigua palabra hizo mudanza.
Fiel á Don Mendo, nunca dí á Rodrigo,
muriéndome por él, ni una esperanza.
¿Don Mendo, en tanto, me diréis, qué hacía?
Don Mendo se marchó, mas no volvía.

»Voló Nuño en su busca al fin, queriendo de mi lazo infantil verme librada.
Va, inquiera, viene... y me contó, volviendo, la triste suerte que sufrió en Granada.
¡En un rebato pereció don Mendo!
¡Siempre fiel, aunque nunca enamorada, á no saberse de él, día tras día de mi vida hasta el fin le esperaba!

»Mas, dueña ya de mí, busqué á Rodrigo.
¡Ah! ¡No hay placer, para el amor, entero!
Sin esperanza y sin contar conmigo, que os acompaña sé de aventurero.
En traje varonil sus huellas sigo con Nuño, de mis males compañero.
Quiero morir si halla él por mí la muerte:
¡que quepa á un mismo amor la misma suerte!

»Le seguí. Vine á Palos. Vi á *Marchena*, me contó vuestra marcha, y á mi ruego fletó un buque, dolido de mi pena, y al partir, para vos me dió este pliego.
Llegué aquí al fin. De confianza llena, en vuestras manos mi destino entrego.
— ¡Bien! — la dice Colón. — ¡Bien, hija mía! — El pliego de *Marchena* así decía:

— «¡Salud, Colón! Llevando á la dadora, á la que arrastra del amor el fuego, sale un esquite tras la flota ahora: que con bondad la recibáis os ruego. Seis horas hace que rayó la aurora; y en esta carta, que con llanto riego, os envío otra vez, por si os alcanza, mi bendición, mi afecto y mi esperanza.

»Salió hoy el sol... ¡qué confusión... qué ruido!
Al ver la flota huyendo á toda vela, se alzó en el puerto un general quejido que aun su recuerdo el corazón me hiela.
¡Que se van! ¡que se marchan! ¡que se han ido!
grita la gente, que corriendo vuela.
¡Cuán bien la flota sin oír seguía
El *¡que se van!* que el viento repetía!...

»¡Cuanto más pienso en lo arduo de este caso, más la duda cruel mi alma lacera!
¿Se unirán el Oriente y el Ocaso?...
¿Será circunvalable nuestra esfera?...
¡Oh! ¡Cuán gloria nos espera acaso!
¡Cuán dolor tal vez ¡ay! nos espera!
¡Si lo grande del hecho me entusiasma,
lo aventurado el corazón me pasma!

»¡Pobre pueblo!... ¡os estaba contemplando en el mar con terror los ojos fijos, todos, cuál más, cuál menos, exhalando en lúgubre tropel ayes prolijos!
¡Y yo también lloraba al ver llorando las pobres madres de los pobres hijos, que burla pueden ser del mar y el viento!
¡Dios nos perdone el mal por el intento!

»Conforme os alejabais, los cuitados, sin ver que más sus ansias encendían, subiéndose á las cimas y collados, los pañizuelos con dolor movían.
¡Adiós!... ¡adiós!... Y hasta los más osados
— *¡Todo para ellos acabó!* — decían, por sus ojos lanzando en ancha vena cristalizada en lágrimas la pena.

»Ya de ira se arrastraban por el lodo los hijos, las esposas, los hermanos; ya adioses daban de diverso modo, con ojos, lengua, corazón y manos.
¿Y las madres? Las madres sobre todo me desgarraban con sus ayes vanos, al recordar la pena que tendría, por tal dolor y en caso igual, la mía.

— *¡Fraile maldito!* — con amargo acento una gritó en mi rostro el rostro fijo: ¡era esposa!... perdono su ardimiento, ¡aunque hasta el día en que nació maldijo!
Y á algunas que con lúgubre lamento me gritaron: — *¡piedad!* — otra les dijo:
— *¡No esperéis compasión de esa alma odiosa que nunca el nombre oyó de hijos y esposa!* —

»Mas no importa: ¡valor! ¡Cruza los mares compadeciendo al infeliz *Marchena*!
¡Pronto volved á vuestros patrios lares, ó pronto ¡ay Dios! me matará la pena!
Si morís .. bien: ¡he aquí vuestros pesares!
¡Ay del que á duelo eterno se condena!
¡Quién pudiera, cambiando nuestra suerte, mi impaciencia trocar por vuestra muerte!

»¡No puedo más!... suplid lo que no os digo: os encomiendo á Dios, y él que os guarde.
Parte el esquite... ¡Con el alma os sigo!
¡Animo, pues!... Para temer ya es tarde.
¿Sabéis qué os llamará, querido amigo, la ruin posteridad, fiera ó cobarde?
SI LA TIERRA NO HALLÁIS, LOCO PROFUNDO:
SI HALLÁIS LA TIERRA, REDENTOR DE UN MUNDO.»

CANTO III

EL CIELO

RESUMEN

Día 4 de agosto de 1492. — Invocación de Colón. — Descripción del cielo. — Aparición de las virtudes teologales. — La Fe. — La Caridad. — La Esperanza. — Se funden en la luz las virtudes teologales. — Continuación del viaje.

Del mar, Colón, las olas contemplando muy de mañana, en el segundo día, dice, en su empresa colosal pensando:
— ¡La voluntad de Dios será la mía! —
Luego, al cielo los ojos levantando no sé si con más pena que alegría, en la ilusión que su cerebro inflama, con alma, vida y corazón exclama:

— ¡Ayudadme en mi empresa sobrehumana, peregrinas virtudes teologales!
¡Guiadme, FE, lumbrera soberana que oscurecéis las luces eternas!
¡Valedme, CARIDAD, graciable hermana del más mísero y vil de los mortales!
¡Alentadme, ESPERANZA bendecida, último aliento de la humana vida! —

¡Cuán bueno es Dios! A esta oración tan pura abrió el cielo sus puertas de repente, viendo al punto Colón tanta hermosura con los ojos del alma claramente.
¡Muy bueno es Dios! Por eso, con ternura, se hace la gloria á la virtud patente, y si del cielo es el candor modelo, eco es también de la inocencia el cielo.

Todo reina allí en paz, aunque es activo. Nunca allí la embriaguez raya en demente. Como es de cuanto hay santo ejemplo vivo, es de lo bello inagotable fuente.
Todo cuanto allí nace es expansivo; todo cuanto allí existe es inocente. Como nada en sí el alma allí sepulta, no hay secreto placer ni gloria oculta.

Amorosas las almas en el cielo, todo, unas de otras al través, lo miran; y unas de otras en pos, con fiel desvelo, cual mutuas sombras cariñosas giran: el amor de los niños en el suelo las almas trasladar al cielo aspiran: «hermano» á todo cuanto adoran llaman: allí los seres se aman porque se aman.

Las almas su presente van pasando como un recuerdo de delicias lleno. En perspicua mudez se hablan mirando. Siente en voz alta su patente seno. Con un beso mental en sí encarnando cuanto ha criado Dios de alegre y bueno, las horas son de su existencia pura horas de fiesta en días de ventura.

Sienten las almas el placer del llanto cuando atraviesa el pecho enternecido la santa pena del recuerdo santo, del lícito placer por siempre huido; mas aunque deja con lloroso encanto algún dulce recuerdo el pecho herido, son del cielo las lúgubres endechas piedras que aguzan del placer las flechas.

Las almas entristece dulcemente el miedo de perder el bien que adoran. Porque no es su virtud más inocente, su faz las tintas del pudor coloran: ¡ah! no sintáis por la que dulce siente; ¡ah! no lloréis por las que tiernas lloran: como el dolor que con placer se canta, allí el dolor, aunque enternece, encanta.